

Apóstoles han firmado y han ofrecido al Príncipe del Colegio apostólico, al Vicario de Nuestro Señor Jesucristo.

Jamás se han manifestado en la Iglesia de Dios, adhesión mas completa, unanimidad mas admirable, obediencia mas tierna. Es necesario leer este discurso, es necesario meditar y venerar sus sentimientos y sus expresiones, es necesario bendecir al Señor por el poder, la vida, la unidad de la religion católica.

¡Cuán lleno está este espectáculo de contrastes consoladores y relaciones gloriosas! ¡Cuán feliz y orgulloso estoy con pertenecer al arca santa de la verdad y de la justicia!

¡Demos gracias humildemente a nuestros obispos que se han hecho tan noblemente los intérpretes de las mas ardientes convicciones de nuestras almas! ¡Unámonos a ellos para ofrecer el mas filial homenaje al Padre comun, al Pastor universal, a aquel que tiene acá en la tierra, el lugar del Salvador Jesus! dice M. Henry de Riancey.

Santísimo Padre:

Vuestra voz apostólica se ha hecho escuchar una vez mas en nuestros oídos, anunciándonos un nuevo triunfo de la eternal verdad, triunfo que brilla en la gloria de los habitantes de los cielos y en el antiguo honor de la Ciudad Eterna, consagrada por la sangre de los santos Apóstoles Pedro y Pablo, cuya memoria secular viene este año a regocijar hoy al universo cristiano, y a elevar a las almas fieles al saludable pensamiento de las cosas mas grandes.

No nos ha sido posible oír el llamamiento, que en su amor, Vuestra Santidad nos dirigia, convidándonos a tales fiestas, sin traer a la memoria el recuerdo de estas solemnidades que nosotros celebramos alegremente en esta misma ciudad, hace ya cinco años, a vuestro lado, y colmados de la bondad, de la afabilidad, de la cortesía y de la caridad paternal con las que Vos nos habeis acogido en la alegría de esta dichosa ocasion.

Este recuerdo tan grato, esta voz de un Padre tiernamen-

te amado, que expresaba un deseo, más bien que una órden, nos ha obligado a volver a tomar el camino de Roma con un esfuerzo lleno de alegría; y Vos teneis de ello, Santísimo Padre, un testimonio bien palpable en esta inmensa asamblea de obispos, que han acudido por la tercera vez alrededor de Vos con la filial piedad y la fiel veneracion que profesan por Vos. La afluencia de un número tan considerable de obispos, afluencia tal que apénas podrá encontrarse un ejemplo en los siglos pasados, no iguala mas que a la extension de vuestra benevolencia y de vuestra ternura para con nosotros; ella no iguala mas que a la grandeza de nuestro afecto y de nuestra obediencia hácia Vos.

Estas mismas razones, Santísimo Padre, nos excitan hoy mas vivamente a honrar en Vos por nuevos homenajes, las eminentes virtudes que ilustran a la Santa Sede con una nueva claridad, y a consolar con el testimonio reiterado de nuestra admiracion y de nuestro amor, vuestro corazon augusto, en medio de las dolorosas pruebas que os afligen, pero que no podrán inmutaros.

Pero, al responder a vuestros votos, nos hemos propuesto recoger un fruto muy precioso para nosotros; a saber, consolar por la vista de vuestro rostro paternal nuestros propios corazones, profundamente heridos por tantos males como sufre la Iglesia; fortificar mas y mas entre nosotros nuestra fraternal concordia, y buscar para Vos y para nosotros nuevos motivos comunes de consuelo y de gozo.

Vos nos dais una admirable ocasion para este gozo, al inscribir en los fastos de la Iglesia los nombres de tantos santos, enseñando poderosamente a los hombres de esta manera, cuán inagotable es la fecundidad de nuestra santa Madre la Iglesia. La gloriosa sangre de los mártires triunfantes, decora a esta santa Iglesia; la virginidad inviolable, la reviste como con un blanco ropaje, y ella está coronada con una diadema donde no faltan ni las rosas ni los lirios. Vos sois quien mostrando de este modo a los ojos de los hombres las recompensas celestiales de las virtudes, les enseñais a



temor que los pueblos privados del alimento de las verdades eternas, languidezcan miserablemente, y que siendo relajados los lazos de la obediencia y del respeto hácia esta divina autoridad de enseñanza que reside en vos, la autoridad por la cual reinan los reyes y por la que los legisladores hacen leyes justas, no sea ella misma quebrantada y arrastre a la ruina cierta todo el Estado.

Tal es la esperanza que queremos alimentar en el fondo de nuestros corazones; tal es, y tal será siempre el asunto continuo de nuestras súplicas.

¡Valor, pues, Santísimo Padre! ¡Gobernad con mano segura, como lo habeis hecho hasta aquí, la nave de la Iglesia en medio de las tempestades, para conducirla al puerto de salud! La Madre de la divina gracia, saludada por vos con un magnífico título de honor, os socorrerá y asegurará vuestra carrera por su intercesion. Ella será para vos la estrella del mar; y teniendo, segun vuestra piadosa costumbre, la mirada de vuestro corazon fija sobre ella con una invencible confianza, no dirigiréis en vano vuestro camino hácia Aquel que quiso venir a nosotros por ella. Vos tendréis por protectores a los coros celestes de estos santos cuyas pruebas habeis buscado con tanto empeño y cuya santidad y gloria habeis proclamado por los esfuerzos de vuestro celo apostólico, sea hoy, sea en otro tiempo, en medio de los aplausos del mundo cristiano. Estaréis asistido por los príncipes de los apóstoles, Pedro y Pablo, cuyas poderosas oraciones vendrán en auxilio de vuestra solicitud. En esta popa de la nave de la Iglesia donde estais ahora, Pedro se sentó en otro tiempo. ¡Que él interceda cerca del Señor, a fin de que esta nave que por la asistencia de sus oraciones, ha bogado ya durante diez y ocho siglos sobre alta mar, continúe felizmente su curso bajo vuestra direccion, para entrar un dia a vela desplegada en el puerto celestial, cargada con los mas preciosos despojos de las almas!

Con este fin, tendréis en todos nosotros, Santísimo Padre, otros tantos esforzados compañeros de vuestros trabajos, de

vuestras solicitudes y de vuestras oraciones, nosotros, que suplicamos a la misericordia divina que os colme de todas las bendiciones celestiales, que conserve y afirme vuestras fuerzas, obtenga para vos nuevos años de nuevas conquistas espirituales, y que haga en fin, que vuestra vida sea larga sobre la tierra, y bienaventurada un dia en los cielos.

*Respuesta del Santo Padre al Discurso de los Obispos.*

«Ha sido para nosotros ciertamente un gozo profundo, aunque no dudábamos esperar de vuestra fe y de vuestra adhesion, esta noble unanimidad, con la que a pesar de estar separados y divididos habeis hecho profesion de creer y afirmar las mismas cosas que hemos enseñado, y reprobar los mismos errores que hemos condenado, y que conducen a la pérdida de la sociedad religiosa y civil. Pero nos ha sido mucho mas agradable aún, oír estas palabras de vuestra boca, y recibirlas de vosotros con mas solemnidad y mas esplendor, en esta reunion, donde nos colmais de estas pruebas de obediencia y de amor que manifiestan mas admirablemente que vuestras mismas palabras, los sentimientos y afectos de vuestros corazones. ¿Por qué, en efecto, habeis obedecido con un celo tan solícito a nuestros deseos? ¿Por qué desviando todo obstáculo habeis volado hácia nos, de todos los confines de la tierra? Seguramente, os era bien conocida esta firmeza de la Piedra, sobre la cual fué edificada la Iglesia; su virtud vivificante os era notoria; vos no ignorábais tampoco la prenda nueva de este doble poder que da la canonizacion de los héroes cristianos.

«Vosotros habeis venido en gran número para celebrar esta doble fiesta, no solamente á fin de añadir mas esplendor a estas solemnidades sagradas, sino a fin de manifestar re-



presentando, por decirlo así, a la familia universal de los Fieles, y por vuestra presencia no ménos que por vuestra elocuente profesion, cómo es la misma fe la que vive despues de diez y ocho siglos, cómo es el mismo lazo de Caridad el que nos une a todos, cómo es la misma virtud la que sale de esta cátedra de Verdad.

«Os ha parecido conveniente alabar nuestra pastoral solitud y todo lo que hemos hecho en la medida de nuestras fuerzas, para esparcir la luz de la verdad, para disipar las tinieblas del error, para arrancar de su pérdida á las almas rescatadas con la sangre de Cristo, cuando reuniendo las palabras y los pensamientos de su propio Maestro, confirmamos a las naciones cristianas en su obediencia y su amor hácia la Santa Sede, y las persuadimos a que fijen con mas confianza hácia ella las miradas de su alma.

«Vosotros habeis venido, despues de reunir auxilios de todas partes para socorrer a nuestro principado, que atacan con tanta perfidia; y esto sin duda, a fin de que, por este hecho manifesto, afirmeis con los sufragios universales de todo el mundo católico, la necesidad de este principado para el libre gobierno de la Iglesia.

«Vosotros habeis concedido a nuestro muy querido pueblo romano y a las pruebas magnificas é indudables que nos da de su afecto y su fidelidad, las alabanzas mas merecidas; esto es seguramente para inspirarle sentimientos mas vivos, para vengarle de las calumnias con que se le persigue, y para imprimir una nota de sacrilega traicion a aquellos que se esfuerzan, bajo el pretexto del bien público, en derrocar al Pontífice romano de su trono. Y miétras que habeis tenido cuidado de afirmar, por esta reunion, los lazos de caridad mútua entre todas las iglesias del mundo, vosotros habeis obtenido el ser llenados mas abundantemente del espíritu evangélico cerca de las cenizas de los bienaventurados Pedro, príncipe de los Apóstoles, y Pablo, doctor de las naciones, y de salir mas vigorosos para romper las falanges de los enemigos, defender los derechos de la Religion, é inspi-

rar mas eficazmente a los pueblos que os están confiados el celo de la unidad.

«Este voto se muestra todavía de un modo mas manifesto en este comun deseo de un concilio ecuménico, que todos vosotros habeis juzgado no solamente muy útil sino necesario. En efecto; el orgullo humano, volviendo á tomar su antigua osadía, se esfuerza desde hace mucho tiempo por la acumulacion de mentiras en construir una ciudad y una torre, cuyo remate toque al cielo, a fin de arrancar al mismo Dios; pero Dios parece que ha bajado para inspeccionar la obra y para arrojar la confusion en las lenguas de los que construyen, de tal suerte que ninguno entiende la voz de su compañero. Lo que muestran, pues, al espíritu las persecuciones de la Iglesia, es la miserable condicion de la sociedad y la perturbacion de todas las cosas a la que nosotros asistimos.

«A estas graves calamidades se puede, ciertamente, oponer la virtud divina de la Iglesia, que se manifiesta, sobre todo, cuando los obispos, convocados por el Soberano Pontífice, se reúnen bajo su presidencia y a nombre del Señor, para tratar los negocios de la Iglesia.

«Así, pues, regocijémonos vivamente por haber puesto y encomendado esta reunion sagrada, desde hace tanto tiempo proyectada por nosotros, bajo el patrocinio de Aquella cuyo pié ha sido destinado, desde el origen de las cosas, para quebrantar la cabeza de la serpiente, y que, despues, ha exterminado todas las herejías.

«Así, pues, para satisfacer vuestro comun deseo, os anunciamos desde ahora que el futuro concilio estará colocado bajo los auspicios de la Madre de Dios, concebida sin pecado, y que será abierto el dia que se celebra la memoria de este insigne privilegio.

«Plegue a Dios, plegue a la Virgen Inmaculada, que nosotros podamos recoger de este gran designio los mas saludables frutos. Esperamos que Ella misma con su ruego todopoderoso, implorará para nosotros todos los auxilios que



apartar la vista de las vanidades mundanas, para elevarla a la dulce gloria del cielo. Vos sois quien, miéntas que los hombres triunfan y se glorian de las obras de su genio y de sus artes, levantáis el estandarte triunfal de la santidad, y les advertís que dirijan los ojos mas allá de esta pompa de las cosas visibles y de las fiestas humanas, y que los eleven hácia Dios, fuente de toda sabiduría y de toda belleza; por temor de que aquellos a quienes se ha dicho: «*Sujetad la tierra y dominad sobre ella,*» no olviden este grande y supremo precepto: «*Adoraréis al Señor vuestro Dios, y no serviréis sino a él solo.*»

Pero miéntas que, contemplando la Jerusalem celestial que se gloria del resplandor de sus nuevos santos, nosotros reconocemos y proclamamos, en la humildad de nuestros corazones, las maravillas del Señor, nos sentimos mas y mas excitados a celebrar estas maravillas por la solemnidad secular de este dia en que consideramos la firmeza de esta piedra inquebrantable sobre la cual Nuestro Señor y Redentor levantó el vasto é inmortal edificio de su Iglesia. Pues, nosotros vemos, que es un efecto admirable de la virtud divina que la Cátedra de Pedro, despues de diez y ocho siglos, entre tantas adversidades, y en medio de los asaltos continuos de tantos enemigos, esta Cátedra, órgano de la verdad, centro de la unidad, fundamento y baluarte de la libertad de la Iglesia, haya permanecido firme é intacta; miéntas que los reinos y los imperios se levantan y se desploman sin cesar los unos sobre los otros, ella subsiste, como un faro de salud sobre la mar borrascosa de la vida humana, dirigiendo el camino de los mortales, y mostrándoles, con su luz, la ribera y el puerto tranquilo de salvacion.

Guiados por esta fe y estos sentimientos, Santísimo Padre, fué como colocados hace cinco años alrededor de Vos, os dirigimos la palabra, rindiendo a Vuestro ministerio el testimonio tan merecido de nuestros homenajes, y publicando nuestros votos por vuestra Persona, por la conservacion de vuestro Principado civil, y por la santa causa de la reli-

gion y de la justicia. Guiados por esta misma fe, os dijimos entónces resueltamente, de viva voz y por escrito, que nada nos era tan caro, como creer y enseñar lo que vos creéis y enseñáis; rechazar los errores que vos rechazais; y marchar unánimemente bajo vuestra conducta en las vías del Señor, seguiros, trabajar con vos, y combatir a vuestro lado por el Señor, a través de toda fortuna y de todo peligro. Todas estas cosas que os declaramos entónces, las confirmamos de nuevo en este momento, con el mas profundo sentimiento de nuestra piedad, y queremos que el universo entero reciba el testimonio de esto; nos acordamos llenos de reconocimiento, y os alabamos con un entero asentimiento, por todo lo que habeis hecho aun despues, por la salvacion de los fieles y por la gloria de la Iglesia.

Lo que en efecto Pedro decia en otro tiempo: «*No nos podemos callar sobre lo que hemos visto y oído,*» vos lo habeis considerado siempre, y vuestra conducta lo muestra claramente como un deber santo y sagrado. Jamás se ha callado vuestra boca. Anunciar las verdades eternas; herir con la espada de la palabra apostólica los errores del siglo, estos errores que, dirigidos contra el órden natural y contra el órden sobrenatural, amenazan arruinar hasta en sus fundamentos todo poder eclesiástico y civil; disipar las tinieblas que han amontonado sobre los espíritus las novedades de doctrinas perversas; proclamar intrépidamente, persuadir y recomendar a los hombres todo lo que es necesario y saludable para los individuos, para la familia cristiana, para la sociedad civil: vos habeis considerado esta mision como la obligacion suprema de vuestro ministerio; a fin de que todos lleguen de esta manera a conocer perfectamente lo que un católico debe creer, profesar y practicar. Por esta admirable solicitud, damos las gracias mas expresivas a Vuestra Santidad, y os conservaremos un eterno reconocimiento; y creyendo que es Pedro el que ha hablado por la boca de Pio, todo lo que, para la custodia del sagrado depósito que os ha sido confiado, vos habeis dicho, confirma-



do, manifestado, nosotros tambien lo decimos, lo confirmamos, lo anunciamos, y con una sola boca y un solo corazon, rechazamos todo lo que vos mismo habeis juzgado que debe ser rechazado y reprobado como contrario a la fe divina, a la salvacion de las almas y al bien de la sociedad humana. Nosotros tenemos, en efecto, firme y profundamente grabado en nuestros espíritus, lo que los Padres de Florencia han definido unánimemente en el decreto de Union, a saber que: «El Pontífice romano es el Vicario de Cristo, el «Gefe de la Iglesia universal, el Padre y Doctor de todos «los cristianos, y que a él, en la persona del bienaventurado Pedro, ha sido dada por Nuestro Señor Jesucristo la plena potestad de apacentar, regir y gobernar a la Iglesia universal.»

Mas otros motivos tambien, Santísimo Padre, provocan nuestro amor y nuestro reconocimiento. Nosotros admiramos con un gozo particular este heroico valor, con el cual, resistiendo a las perniciosas maquinaciones del siglo, vos os habeis siempre esforzado en mantener en la vía de la salvacion el rebaño del Señor, en prevenirlo contra las seducciones del error, defenderlo contra la violencia de los poderosos y contra la astucia de los falsos sabios. Nosotros admiramos este celo, que no conoce la fatiga, y que abrazando en su solicitud apostólica los pueblos del Oriente y del Occidente, no cesa nunca de promover el bien de la Iglesia universal. Nosotros admiramos esta magnífica imágen del Buen Pastor que ofreceis al género humano, cuando parece precipitarse cada dia mas profundamente en el mal, y que vos forzais a los enemigos mismos de la verdad, por la excelencia y grandeza de vuestros actos, á dirigir hácia Vos su miradas.

Continuad, pues, ejerciendo esta autoridad de Vicario del Pastor de los pastores, de llenar, con una plena confianza en Dios, todas las partes de vuestro divino ministerio; continuad procurando a las ovejas confiadas a vuestros cuidados todos los auxilios de la vida eterna; continuad curando las llagas de Israel y en buscar los corderos de Cristo que

se hayan extraviado. ¡Plegue al Dios Omnipotente que aquellos mismos que, desconociendo Vuestro amor y su deber, resisten aún a Vuestra voz, sigan mejores consejos, y viniendo en fin, a vos, cambien vuestro duelo en gozo! Que los frutos de vuestra pastoral solicitud reciban de día en día, bajo el soplo de la divina Bondad aumentos nuevos; que la feliz conversion de las almas, cuyo ministro sois todos los dias, con la ayuda de Dios, se extienda sin cesar, y que a vista de las almas conquistadas para Cristo por la fuerza de vuestras virtudes y por la gloria de vuestros trabajos que dilatan sobre la tierra el reino de Dios, podais verdaderamente exclamar, con Nuestro Señor y Maestro: *«¡Todo lo que mi Padre me ha dado vendrá a mí!»*

¿No se ven ya, Santísimo Padre, indicios de un porvenir mejor y mas dichoso? Testigo es este amor que os muestran tantos fieles de todas naciones, prontos a ayudaros y que se honran en consagrar y emplear todas las fuerzas de su cuerpo y de su alma, y hasta su misma vida, por la defensa de los derechos de la Iglesia y por la gloria de la Santa Sede apostólica. Testigo este piadoso respeto de todas las almas católicas mirando con avidez en Vuestra persona el Pastor supremo, recibiendo con gozo los oráculos de la Cátedra apostólica, y gloriándose de adherirse á ella con la obediencia de un asentimiento pleno é inmutable. Testigo esta filial inclinacion del pueblo cristiano, que, siguiendo el ejemplo de los primeros fieles que ponian espontáneamente sus bienes a los piés de los Apóstoles, se apresura a ayudar por todos medios, a vuestra angustia, y no cesa de aliviarla por continuas ofrendas. Con profunda emocion hemos considerado estas pruebas manifiestas de la piedad de vuestros hijos, y estamos resueltos a emplear siempre y sin descanso nuestro celo para alimentar y encender mas y mas en el corazon de los fieles este fuego sagrado, a fin de que animados por nuestro ejemplo y el de nuestro clero, extiendan esta bella obra de la liberalidad y del fervor cristiano, y que de esta manera, por los auxilios temporales que os



ofrezcan, ayuden a Vuestra Santidad a procurar siempre mas perfectamente la salud de sus almas.

Y al mismo tiempo que nosotros estamos vivamente conmovidos por este amor que todos los fieles os manifiestan, nosotros recogemos, Santísimo Padre, un fruto particular de gozo, al ver de cerca la fidelidad, el afecto y la obediencia que los dignos ciudadanos de la Ciudad Eterna os manifiestan, como a su Padre y al mejor de los Príncipes. ¡Pueblo dichoso que posee tan bien el sentimiento de la sabiduría! él que conoce el honor y la gloria que le resultan de esta Cátedra de Pedro, establecida en medio de esta ciudad; él, que comprende que la divina Bondad no tendrá nunca límites en sus favores, mientras que él mismo persevera en el respeto y el amor al Pontífice, que es a la vez su sacratísimo Príncipe y el Vicario de Cristo. ¡Oh pueblo romano, no tengais nunca otro sentimiento! ¡No tengais otro deseo! ¡Que vuestra piedad hacia el Pontífice supremo sea constante é inmutable; y que esta ciudad de Roma, a la que el universo cristiano saluda la primera de sus ciudades y su capital, brille sobre todas las otras ciudades y merezca florecer con la triple bendición de gracias celestiales, virtudes y prosperidad!

Esto es lo que ha hecho, Santísimo Padre, la gloria con que vuestro pontificado ilustra no solamente a Roma sino al universo católico; nosotros experimentamos una admiración tan grande, que no vemos, en verdad, mejor modelo que imitar en nuestro ministerio sagrado.

Pero antes de que vuestra voz penetrara en nuestros corazones, ya la imagen de vuestras virtudes pontificias habia herido nuestras almas.

Así, pues, con un gozo extraordinario, hemos sabido de vuestra boca sagrada el gran designio que, en medio de los peligros de los tiempos presentes, habeis formado de convocar un concilio ecuménico, «*el remedio mas grande que se puede emplear en los mas grandes peligros de la república cristiana,*» como decia vuestro predecesor Paulo III.

El cielo se digne ser propicio a un designio tal, del cual él mismo fué el inspirador; y que los hombres de nuestros tiempos, «*tan débiles en la fe, buscando siempre sin llegar nunca a la verdad, y llevados por todos los vientos de doctrina*» encuentren en fin, en este santísimo concilio una nueva y favorable ocasion de acercarse a la santa Iglesia, columna y sólido fundamento de la verdad; de conocer la verdadera fe, fuente de salud, y de abjurar los errores que los pierden. Que con la ayuda de Dios, y la intercesion de la Inmaculada Virgen, Madre de Dios, abogada nuestra, esta asamblea general de la Iglesia realice una grande obra de unidad, de santificación y de paz, que procure a la Iglesia un esplendor nuevo, y al reino de Dios un nuevo triunfo.

Que en este gran designio concedido por vuestra previsora sabiduría, aparezcan al mundo los beneficios inmensos que la sociedad humana debe al pontificado romano. Que sea evidente para todos, que la Iglesia fundada sobre la piedra sólida, le da el poder de disipar los errores, de corregir las costumbres, de alejar la barbarie, y que ella es de este modo justamente llamada, y es en efecto, la madre de la verdadera civilización. En fin, que sea manifiesto al mundo cuánto contribuye el modelo de la autoridad divina y de la obediencia que le es debida, puesta a la vista de los hombres en esta celestial institucion del Papado, para afirmar y consagrar las bases que aseguren la duracion de la sociedad humana.

Cuando los príncipes y los pueblos hayan comprendido estas cosas, no permitirán mas que vuestros derechos augustos, donde reside la mas cierta sancion de la autoridad y de todos los derechos, sean impunemente hollados. Aun más, tendrán cuidado que vos tengais la libertad del poder y el poder de la libertad; ellos os procurarán todos los auxilios de que teneis necesidad para llenar eficazmente este ministerio sublime que les es a ellos mismos tan ventajoso. No sufrirán que se impida hacer oír vuestra voz a los rebaños fieles colocados bajo el cuidado de la Iglesia, por